

su fé que por la constancia con que le sirvió. Ella le tuvo en sus entrañas, le crió, le libró de la persecucion de Herodes, no se separó jamás de él durante su infancia, le acompañó siendo hombre hecho, y ni aun la muerte la impidió de hallarse al pié de la cruz: le siguió mas imitando sus virtudes que pisando sus huellas, llevada del indecible respeto que le tenia como á su Dios. Asi pues como fué su devotísima sierva por la calidad de las obras espirituales, así fué su fidelísima compañera por la integridad de su fé y su ardiente caridad. » Este insigne doctor toca una cuerda admirable, es decir, la viva fé que animaba á la Virgen, guiaba todos sus pasos y daba impulso á todas sus obras, porque ni hubo jamás un entendimiento iluminado con la fé y el don de celestial sabiduría como el suyo, ni la igualó nadie en el celo y cariño con que sirvió á su divino hijo hasta espirar.

VIII Vosotros lo sabeis, espíritus bienaventurados; vosotros lo sabeis por haber sido testigos irrecusables y fieles compañeros de todos los servicios que ella le hizo; y no obstante advierte S. Buenaventura (1) que la humildísima Virgen se afligia visiblemente cuando veia que con motivo suyo era vilipendiado su hijo y oia á los judíos llamarle por desprecio el hijo de José y de María. Virgen santa, ¿por qué se aflige así tu corazón? No pares mientes en las palabras de esos hombres protervos: son ciegos que llevan otros ciegos al precipicio. Dejad pasar esa borrasca, que se sosegará dentro de poco tiempo y será seguida de la bonanza: entonces se publicará por todas partes en honor de la madre y del hijo que Jesus es el hijo de María y María la madre, nodriza y aya de Jesus. Entonces en lugar de esos vituperios inhumanos los fieles hijos de la iglesia invocarán á aquel á quien sir-

(1) Specul. cap. 4.

ves ahora, y con particular dulzura le llamarán el hijo de María. Desde aquel punto tan lejos estarán las almas justas de despreciarle por ser tu hijo y tu querido sustento, que al contrario los ángeles le honrarán en toda la eternidad no solo por su singular mérito, sino como al hijo de la madre mas sabia, mas santa y mas cumplida de todas. Acuérdate solamente de tus pobres hijos y del deseo que tienen de acompañarte para bendecir por siempre al hijo con la madre y á la madre con el hijo.

§. III.—De las grandes dotes de amabilidad, gracia y honor que recibió la santa Virgen por los servicios hechos al niño Jesus.

I. No bien comienzan los niños á hablar con balbuciente labio, cuando ya pagan á medias con sus caricias, sus gracias y monadas infantiles el trabajo que las madres y nodrizas se toman por ellos; y seria difícil soportar las incomodidades que causan, si no se compensaran de esta suerte. Pero hablando de la Virgen puedo decir con toda verdad que nunca hubo una madre tan colmada de dulcedumbres y consuelos como los que recibió ella durante la infancia de su amado hijo.

Delicias que la Virgen santísima sintió y gracias que recibió en la educacion del Salvador.

II. Para expresar las delicias de que fué inundada su santa alma, seria preciso haber experimentado algo de aquellos desahogos del corazón y de aquellas dulcedumbres celestiales. Tal vez bastará decir que así como no hubo jamás un niño comparable con Jesus, esto es, tan amable por su apacible genio y gallardo entendimiento, ni tan cumplido en todo cuanto obraba, así tampoco hubo un corazón dispuesto como el de María á gozar de las inocentes caricias que le hacia su querido hijo, y de la

abundancia de las delicias interiores que derramaba sobre ella. Allí se veía bien trocada la suerte de Marta, porque no tenía necesidad de llamar á su hermana María para que tomase parte en su penoso trabajo, pues continuamente era convidada por María para que gozase en paz de la quietud que á ella la embelesaba. El elocuente doctor y glorioso mártir S. Cipriano asegura (1) que aunque la Virgen no perdió un instante del tiempo que debía á la vida activa y al servicio de su hijo, no obstante de esos mismos ejercicios cogía los frutos mas sabrosos de la vida contemplativa; lo cual expresa S. Basilio de Seleucia con todas las galas de su bella dición y con su devoción ordinaria. «La Virgen madre, dice (2), á veces se alentaba y luego al punto se reprimía: á veces triunfaba el cariño y de pronto la detenía el respeto: ella hubiera querido abrazarle y besarle sin cesar; pero se lo impedía la majestad que descubría en aquel rostro divino: su alma se deshacía en dulcedumbre, y esta alternativa de represión y de confianza aumentaba las emociones de su corazón y el incendio de su santo pecho.

III. ¡Con qué ternura se pegaba á la boca del tierno infante, dice S. Agustín (3), después de darle de mamar! ¡Con qué cariño se asía aquel bendito hijo al cuello de su madre haciendo brillar de pronto un rayo de su divinidad, que en el instante mismo le llenaba el alma de un gratisimo terror! «¿Quién podría explicar, dice S. Ildefonso (4), ¡cuán suaves y afectuosos eran sus coloquios! ¡Oh qué deleite ver por un lado la virginidad de la madre ennoblecida por su fecundidad y por otro la divinidad del hijo que resplandecía por entre su humanidad! No nos corresponde á nosotros, y no digo á nosotros,

(1) Serm. de Nativit.
(2) Serm. de Annuntiat.

(3) Serm. 35 de sanctis.
(4) Serm. 5 de Assumpt.

pero ni aun á todos los espíritus criados concebir la armonía ó mejor la dulzura de este divino concierto. ¡Qué gusto de la sabiduría celestial, dice S. Anselmo (1), tenía la que poseía el tesoro de ella! No nos la figuremos sentada á los pies de su querido hijo como otra María Magdalena, sino veámosla tratando con él mano á mano en calidad de madre y observemos cómo arde día y noche en su corazón, cual si fuese un divino incensario, la memoria de las santas palabras que oyó de la boca de su hijo. Nadie gustó jamás la dulzura de Dios como la que bebía los torrentes de ella y tenía á su disposición la fuente de las castas delicias. S. Epifanio no tiene dificultad de decir que los ángeles no oyeron hablar jamás de tales delicias, ni merecieron la privanza concedida á la Virgen santísima. «Esos nobles espíritus, dice (2), no se atreven á tener los ojos fijos en el rostro del Salvador, y la Virgen madre le mira, le abraza y le acaricia á medida de su deseo. Aquellos bajan las alas y no se atreven á acercarse, y ella le besa, le estrecha contra su seno y le tiene cuanto quiere en sus brazos.» «¿Os admirais? dice el abad Guerrico: es muy razonable la ventaja que nuestra señora lleva á los demás. De su parte está la justicia, la cual requiere que ella coja copiosamente las bendiciones que sembró á manos llenas, y pues llevó la bendición de todas las naciones del mundo, está puesto en el orden que perciba sus efectos antes que todos los otros y mucho mas abundantemente que ellos (3).» Sería una especie de injusticia escatimarle las dulzuras del fruto de su vientre, dice el Espíritu Santo; y así sea colmada de los consuelos que derrama en las almas el que ella nos dió á luz.

IV. En los escritos del abad Ruperto (4) hallo que la

(1) Sermo de Assumpt.

(3) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Serm. de S. Deipara. ni á di (4) Lib. 2. in Cantic.

Virgen santísima nos da las mismas seguridades diciendo que los espíritus bienaventurados despues de haberle contemplado desean verle todavía; pero que ella no le poseyó de un modo ordinario y comun, sino que le concibió en sus propias entrañas, le dió de mamar, le tuvo en sus brazos y le contempló á su satisfaccion. «¡Cuántas noches, dice, pasé á su lado sin dormir mirándole y adorándole sin hartarme de verle! ¡Cuánto tiempo pasé á su lado cuando ya era grandecito, oyendo su divina palabra y aprovechándome de lo que oía! ¡Cuántas veces me hizo ver por entre los ojos de su sagrada humanidad como por entre un cristal el resplandor de su divinidad acomodándole de tal manera á mi capacidad, que mis ojos no se deslumbraban!» En otro lugar se vale el santo abad de una comparacion bastante tosca (1) para hacernos concebir de algun modo las delicias de que estaba inundado el corazon de María. Dice haber conocido á una persona (no dudo que era él mismo), que habiéndose recogido ya en su cama sintió de pronto una mano sobre su pecho, la que se dejó manejar algun tiempo de aquel á quien se concedió esta merced; con lo que quedó su corazon embalsamado de suavísimo olor é inflamado en tan ardiente devocion, que le parecia no haber otro paraíso que aquel. Este es el argumento á mi parecer ineluctable con que mi entendimiento ha quedado muchas veces convencido y persuadido de que nunca hubo un sentimiento de gozo y consuelo parecido al de la Virgen: porque si solo una representacion imaginaria de algun misterio de nuestra salvacion (decia yo para mí) y si un cuerpo prestado y formado del aire con que el Salvador ha solido aparecerse ya en figura de niño, ya en edad madura, enclavado en la cruz ó de otra manera, sacó

(1) Lib. 5 in Cantic.

fuera de sí á un S. Francisco de Asis, á un S. Bernardino, á un S. Antonio de Padua, á las Catalinas de Alexandria, Sena, Génova y Bolonia y á otros infinitos abrasándolos con un fuego interior que los consumia vivos y los derretia como se derrite la cera á los rayos del sol, y haciéndolos exclamar que bastaba y que no podian sufrir ya aquel celestial incendio; ¿qué debemos de creer de la que gozaba siempre y por tanto tiempo como queria no de una vision imaginaria, sino de la agradable presencia del esposo celestial; de la que tenia siempre á la vista aquel á quien habia dado el ser, sobre quien el eterno Padre le habia concedido una potestad maternal y paternal juntamente, que la amaba con un amor infinito en cuanto Dios y en cuanto hombre con un cariño incomprendible para cualquier otro que no fuese él? ¿No bastaba para desfallecer de gozo que él la llamase una sola vez su madre y que ella la llamase su hijo? Un solo abrazo, un beso, una mirada ¿no bastaban para inundar su alma de todas las delicias del paraíso?

V. ¡Oh Dios del cielo! ¿quién podria explicar el extremo de contento de que continuamente estaba poseido aquel sagrado corazon? ¿Quién podria expresar las mutuas caricias del hijo y de la madre? ¿Quién podria declarar lo que la Virgen santísima sintió en Nazareth, en Betlehem, en Egipto y en Jerusalem, en la infancia, en la adolescencia y en la edad viril del benditísimo Jesus? No hay espíritu que no se vea forzado á ceder á la grandeza de estas maravillas, y el menor sentimiento de estos seria capaz de quitar el gusto de cualquier otro deleite. Así ten por bien, oh santa señora, que yo te diga con tu devoto S. Ildefonso (1) que la razon pide recibas abundantemente las primicias de los consuelos que tu hijo vino

(1) En el lugar citado mas arriba.

á comunicar á los hombres; pero te suplicamos humildísimamente te acuerdes de guardar á tus pobres hijos algunos relieves de esa fruicion anticipada del cielo. Tú estás sentada á la mesa como la señora, la reina y la madre, y nosotros á tus pies como los cachorros del Evangelio. Tenemos puestos los ojos en tus manos, de donde esperamos el sustento de nuestras almas. Por tu medio hemos recibido el fruto de vida de la mesa de los santos sacramentos que percibimos todos los días: haz que en el banquete de las bodas eternas gocemos de este mismo fruto sazonado de una nueva manera para la gloria perdurable de los escogidos.

VI. Si el niño Jesus fue una fuente de dulzura respecto de su santísima madre; podemos decir con verdad que fué tambien un verdadero torrente de gracias y méritos. Clemente de Alejandria observa en su Pedagogo que el amor de las madres á los hijos toma un extraordinario incremento mientras los amamantan y los crian. Esto se cumplió en la virgen Maria mas que en todas las madres del mundo, porque la mansedumbre de aquel corderito y las caricias de que acabo de hablar, aumentaban de tal suerte el amor de ella y con el amor la inmensidad de sus méritos, que los mismos querubines se pasmaban. «Es preciso confesar, dice el venerable Beda (1), que fué en verdad dichosísima por haber servido personalmente al Verbo encarnado; pero no se puede negar que fué mucho mas dichosa por haberle hecho tantos servicios con un amor de que se hablará por siempre. ¿Será tal vez esto lo que el esposo de los Cantares queria decir cuando asemejaba los pechos de la casta esposa á las uvas (2)? «Las uvas de la iglesia, dice un docto intérprete de este lugar, son los santos mártires,

(1) In cap. XI. Luc.

2) Cantic. VII.

cuya sangre fué sacada en el lagar de la agonía á fuerza de tormentos. Y aunque nadie ignora que la sangre derramada por ellos en defensa de la verdad era de inestimable precio delante de Dios; no obstante el que considere á la Virgen dando su leche para sustento del Verbo divino, hallará indefectiblemente que su accion no es de menor mérito que los tormentos de aquellos. La razon la saco de la principal fuente del mérito, que es la gracia y la caridad, la cual era de todo punto inestimable en el corazon de la Virgen y sin comparacion mas excelente que la de los santos mártires.

VII. El glorioso arzobispo de Toledo apunta otra consideracion, que es muy digna de meditarse diligentemente; porque dice despues de S. Agustin que esta señora dando de mamar á su hijo levantaba hasta el mas alto punto su pensamiento é intencion y tenia en estima el llenar las venas que debian de quedar un dia sin gota de sangre por la salvacion de todo el linaje humano; de suerte que desde entonces participaba de la obra de la redencion, es decir, de una obra de infinito mérito. «Animo, Virgen santa, le dice su devoto capellan (1); da de mamar al que te crió; da de mamar al pan del cielo y al precio del mundo; da de mamar al que á su tiempo presentará la mejilla para que sea herida por tí así como por los demás hombres. Cria y sustenta al que te hizo lo que eres, para recibir de tí el servicio que ahora le haces.» Y si S. Pablo exhorta á los cristianos á que no se olviden de hacer bien y comunicar con otros sus bienes, porque de las ofrendas se agrada Dios (2); ¿qué habremos de creer de aquella que crió y alimentó al príncipe de los mártires y confesores y al principio de nuestra reconciliacion con Dios, y le crió con inestimable cariño, si-

(1) Serm. de Assumpt.

(2) Ad hebr. XIII.

no que por este medio entró en comunión de bienes con él y participó ventajosisimamente y del modo que diré en el capítulo VI, de la obra de nuestra redención, que es el punto más alto de merecimiento á que puede llegar una simple criatura?

Honor que la Virgen santísima recibió de la educación del Salvador.

VIII. El honor que recibió, no fué menor que la dulcedumbre y el mérito, porque si su amado hijo, fiel remunerador de las buenas obras, no permitió que el mundo ignorara el nombre de Marta su caritativa huésped; si prometió á María Magdalena por un poco de unguento que derramó en sus pies, hacer celebrar su acción donde quiera que se anunciase el Evangelio; si concedió tantas mercedes á todos los que le siguieron (1), que unos con la sombra de sus cuerpos, otros con sus vestiduras curaron toda clase de enfermedades; ¿en qué categoría de honor habrá puesto á la que le formó de su sangre, le alimentó con su leche y le crió y educó con un esmero y cariño indecible? En vano me cansaría yo en decir más, porque en todos los ángulos del mundo resuena la fama de esta señora, y no hay clima alguno debajo del cielo donde no se cante: Bienaventurado el vientre que llevó al Salvador; bienaventurados los pechos que le criaron. Me contento con decir con san Agustín (2): Admirémos, congratulémos, amemos, alabemos, adoremos y demos gracias. Admirémos el abatimiento de la majestad soberana y el ensalzamiento de la criatura, á quien vemos levantada al honor de nodriza y aya de Dios: admiremos los profundos arcanos encerra-

(1) Basil. Seleuc. episcop., Serm. de Annuntiat. (2) Serm. 35 de sanctis.

dos en los dos y los opimos frutos que hemos cogido. Congratulémos con el hijo que encontró tan digna madre, y con la madre que crió á tan noble hijo. Amemos tiernamente al infante criado por la castísima Virgen y á la nodriza del divino niño. Alabemos con todas nuestras facultades al que rebajó su grandeza hasta sentir las menores necesidades de los niños, y á la que fué escogida entre todas las mujeres para servir de tantos modos al hijo del rey de los cielos. Adoremos lo que no somos dignos de comprender y lo que adoran con nosotros los serafines. Demos gracias á aquel que para hartarnos de su gloria se dignó de tomar el alimento de los niños, y á la que entre millares fué hallada digna de darle el primer sustento.

IX. Por mí me contento con decirle con el abad Ruperto (1) que por siempre nos alegraremos en ella y con ella en memoria de sus sagrados pechos: que por siempre alabaremos al Dios del cielo, que le hizo la gracia de quererla tener por nodriza: que las delicias que habremos de experimentar en este santo ejercicio, excederán todos los contentos posibles de esta vida, que se nos representan por el vino: en una palabra que con este motivo todos los que tienen el alma recta, la amarán, le darán gracias y la bendecirán en los siglos de los siglos.

(1) Lib. 4 in Cantic.